

MARGINALES EN LA NOCHE

Jorge Panesi
Universidad de Buenos Aires

Nunca se es lo suficientemente clandestino, sentenció un filósofo muy poco clandestino¹. Nunca se está demasiado al margen, incluso cuando se es marginal o cuando, como en este caso, alguien que se ocupa de literatura, y sobre todo, de teoría literaria, emprende un recorrido nocturno (pero nunca se sabe del todo cuándo se está en el margen, cuál es o será el margen, porque en realidad, la teoría es uno de los márgenes de la literatura, como la semiótica o la crítica literaria). Teoría, en verdad, del resto o de los restos, de lo que queda sin procesar y a medio divulgar, del secreto a medias, del proceso de revelar un objeto que se empeña en permanecer irreductible. Tal es la tarea impracticable de la teoría literaria. Porque la literatura es aquella que siempre se come los restos.

Por ejemplo, los restos de la ficción y del comercio, la transacción o la transa entre la ficción y el comercio. Espacio virtual, pero jamás ideal, donde lo literario vuelve a encontrar la modernidad de su origen. En el comercio o en el mercado. Pero más aún, la modernidad obliga a la literatura a buscar la ley en un fuera de la ley para hacer su propia ley que erige en los restos inasimilables, la basura cultural o los desechos. Es el exceso o el crimen escondidos en la multitud de Baudelaire, pero también la burilada lengua que Genet borda sobre los intercambios carcelarios, prostibularios, ilícitos. O la transacción entre el cálculo legal o ilegal y los mundos del ensueño ficticio que sostienen toda la estructura imaginaria de *El juguete rabioso*. En la primera novela de Arlt, el encuentro de Silvio Astier con el joven homosexual cumple una función económica y, particularmente, una función en la economía narrativa, en la economía de la ficción, de la ley, en la ficcionalidad de la ley e incluso en la economía de la ley general. Astier no encuentra solamente a otro, a otra posibilidad del sexo a la que reviste con los signos de una repulsión (la suciedad que imagina como estigma moral encarnado: “se reconocía en él al sujeto abundante en dinero... sin embargo no sé por qué se me ocurrió: —Debe tener los pies sucios”²—), sino también la encarnación misma de lo ficticio. Encuentra la ficción en la baratura de un hotel “de a peso”, donde la novelaría del mariquita trama sus encuentros

¹Gilles Deleuze. Cf. Gilles Deleuze /Claire Parnet, *Diálogos*, Valencia, Edit. Pretextos, 1980, p. 54. “[La finalidad de escribir es] la empresa final de devenir-imperceptible... la adquisición de una clandestinidad”.

²Roberto Arlt, *El juguete rabioso*, en *Novelas completas y cuentos*, Buenos Aires, Fabril Editora, 1963, t. I, p. 111.

sexuales volviéndose otro, contando ficciones y comprando la posibilidad de su ficción. El adolescente homosexual se retira y deja dos pesos, paga la ilusoria comprensión, una caricia de Silvio Astier sobre su frente, pero coloca por ello a su escucha heterosexual dentro del circuito económico del placer, la ilusión y el dinero, en el mismo lugar prostituido en que se encontraba la cocotte francesa. No sólo eso: el pago empuja a Silvio hacia una economía ficticia de la muerte. Teme hacer ruido y despertar al joven (dice Silvio) "para la muerte". Especularidad de las figuras: se tratará de su propia muerte teatralizada; con los dos pesos comprará un revólver y montará la ficción de un suicidio. La comprensión, la compasión y hasta la transformación de Silvio Astier no despejan el sentimiento de una cierta opacidad de la ley, del misterio de la ley y de su transgresión. Y de esa "ley de la ferocidad" hablará en las últimas páginas al Ingeniero, representante de la ley, no sin proclamar que irá como un muerto por la vida. El dinero siempre deja restos en su circuito.

La ficción se vende y deja restos. En el caso de Arlt, el dinero del homosexual paga deseos propios y ajenos, paga un volátil contrato imaginario que asienta el territorio de la ficción. El deseo homosexual instala la ficción y los circuitos de venta de la ficción dentro de la novela. Si de deseos se trata, *El juguete rabioso* ha trazado casi definitivamente el recorrido que cruza al deseante con la ley, con la transacción, el comercio, el robo y la apaciguadora restitución final. Y, como se dice, todo el resto es literatura.

Tal como este trabajo que no sé cómo presentarles hoy, ni bajo qué teoría ni en nombre de qué investigación sobre los jóvenes marginales dedicados, forzados, o voluntariamente entregados a esos dos "temas" que Arlt unió en su literatura: el robo y la prostitución. Porque no sé qué plus añadiría la investigación a la lectura, o qué más tiene una investigación literaria que la simple lectura, o qué rédito añade a la lectura investigar "more literario". Planteo esta ingenuidad o esta perplejidad inocentona para no presentar una ficción de "trabajo de campo", y no tanto por miedo a olvidar, a abandonar la literatura (sería pretencioso), sino por miedo a que la literatura me abandone.

Me explico: en otro lugar³ he hablado de un volverse literatura de una parte de la sociología argentina, paralela a un des-literarizarse de la crítica literaria, que alternativamente, o bien se ha vuelto hacia el archivo, convertida en archivera, o bien, encandilada por la pretendida eficacia cultural de los *mass-media*, usufructúa la distancia que la separa de tal eficacia. Se propondría, en este último caso, un programa de ensanchamiento del campo

³Jorge Panesi, "Política y ficción, o acerca del volverse literatura de cierta sociología argentina", en *Boletín del grupo de estudios de Teoría Literaria*, núm. 4, Rosario, abril de 1985, pp. 5-13.

de los objetos posibles para la crítica literaria. Sin que a la literatura le importe demasiado, será la crítica, por cada objeto que lea, la que defina en el interior de su propio discurso el lugar que le asigne a lo literario. Como Beatriz Sarlo que, en *Escenas de la vida posmoderna*⁴, junta al fin los restos de su programa crítico de los años setenta como militante peronista (imperiosamente, la crítica literaria habrá de ocuparse de los *mass-media*, decía entonces) para diseñar un ensayo de interpretación cultural donde el dispositivo literario es la parte fundadora que edifica aquello mismo de lo que escribe (paradójicamente las poco militantes y poco participativas, casi apolíticas “escenas” de la vida cultural posmoderna). No sin restos. Por ejemplo, las masas *underground* o *lumpen*, que pasan a ser lo no asimilado por el sistema moderno de la educación y del consumo, y del propio sistema de Sarlo que, solamente les entona un responso reformista, sarmientino, pues se encuentra discretamente fascinado por los dispositivos tecnológicos. Como Arlt, conviene recordar.

Pero si hay un programa viejo y renovado a la vez, es el ensayo cultural interpretativo que afianza y excede, como en el libro de Sarlo, los protocolos académicos de la crítica literaria. El exceso es siempre la literatura, y me gustaría inscribir lo que por el momento son meras hipótesis, en ese viejo camino ensayístico al borde de los discursos consolidados del saber. El ensayo como exceso interpretativo: Martínez Estrada y Scalabrini Ortiz, pero también, los excesos aceptados por una lectura masiva del hegeleanismo freudiano que actúa en el abuso interpretativo de Juan José Sebrelli. La cultura ha consumido siempre, ha necesitado siempre, de las narraciones intelectualizadas en las que los intelectuales superan las distancias de su aislamiento y hacen circular interpretaciones, teorías y ficciones en un circuito cultural que las consume como si en ellas pudiese encontrar el momentáneo congelamiento de sus propias imágenes y, tal vez, la ortopédica o soñada imagen de una identidad cultural. La cultura del consumo consume, además de objetos, las interpretaciones sobre el acto de consumir objetos. Que, en la era tecnológica, las teorizaciones de los intelectuales sean leídas como juicios autorizados de expertos o de técnicos, no mitiga su funcionamiento como novelas, como atajos justificatorios y leyendas explicativas que ponen certezas a los estremecimientos difusos, palabras controlables a lo que se escapa sin control y sin palabras, o ficciones deslumbradoras a lo que transcurre en la monotonía desdibujada de las acciones grises que la masa repite, buscando el deslumbramiento inesperado de la fiesta.

El interrogante o la pasión del interrogante ha consistido (desde Martínez Estrada) en aceptar un desafío que la ciudad, con su capacidad multiforme y productora de nuevos sentidos, lanza a la razón, a la hermeneusis y a los esquemas conceptuales. He dicho “la fiesta” como lugar mítico de renova-

⁴Beatriz Sarlo, *Escenas de la vida posmoderna*, Buenos Aires, Ariel, 1994.

ción (en Argentina, desde Bartolomé Hidalgo a los Montoneros, la política revolucionaria o conservadora siempre estuvo ligada a la fiesta colectiva: la política como festejo popular); a lo que hoy en día cabría añadir: la diversión, la juventud, y la noche en la gran ciudad como propuestas a la fascinación intelectual. Ahora los intelectuales observan la fiesta ajena, como ajena⁵: la fiesta de los otros. “La cultura de la noche” (un libro de Mario Margulis⁶) podría ser el tópico reciente de esta fascinación por lo juvenil o lo nuevo, por los mecanismos de renovación cultural, no menos que por los mecanismos ocultos que se ofrecen a la develación. Salvo que quienes deben interrogar la noche solamente incorporan el residuo de las bailantas que Sarlo —ligeramente elitista y estetizante— decidió olvidar, y sólo extienden la encuesta cultural a quienes se inscriben en el mundo de la delincuencia juvenil en tanto partícipes de la tranquilizadora forma barrial y doméstica de “la barra de la esquina”⁷. Sin embargo, y contra lo que podía preverse, no hay aquí ausencia de literatura, ni en la bibliografía consignada, ni tampoco en el estilo o la *dispositio* textual de los investigadores, preanunciados literariamente antes de su existencia académica por un cuento de Cortázar, “Las puertas del Cielo”. Antes de la investigación y del objeto, la literatura habla de aquello que en la vida cultural se encuentra en proceso de invención (el investigador cultural y su objeto de estudio). Reconocimiento singular presente en el libro singular de Néstor Perlongher, *O Negócio do Michê* que, en un Post-scriptum bastante apocalíptico y consternado, su autor considera una investigación para el museo, habida cuenta de lo que la enfermedad del SIDA podría cancelar en las derivas deseantes y proteiformes del deseo homosexual.

Pudiéndose leer como una tesis de antropología urbana, con sus protoco-

⁵Un eco casi nostálgico se encuentra en Josefina Ludmer, cuya lectura me sugiere la idea. Cf. *El género gauchesco. Un tratado sobre la patria*, Buenos Aires, Sudamericana, p. 187. En “Y una nota personal”, Ludmer habla de “los días de fiesta de 1973” para situar “una de las cosas que durante un tiempo corto hice con Osvaldo Lamborghini” [Subrayo yo].

⁶Mario Margulis y otros, *La cultura de la noche (La vida nocturna de los jóvenes en Buenos Aires)*, Buenos Aires, Espasa Calpe, 1994.

⁷Dalia Szulik y Silvia Kuasñosky, “Los extraños de pelo largo. Vida cotidiana y consumos culturales”, en Margulis, M., cit. Percibidos como marginales o delinquentes, los jóvenes de la “barra” son abordados desde el punto de mira de la familia, el trabajo, la decencia y las relaciones burguesas “normales”: “No es un dato casual... que ninguno de ellos viva con sus parejas e hijos sin haberse casado ante la ley como lo estipula el modelo legítimo de familia, hegemónico en nuestra sociedad” (p. 266)

⁸Traducción al español en *La prostitución masculina*, Buenos Aires, Ediciones La Urraca, 1993. Se trata de la tesis defendida por Perlongher en la Universidad de Campinas. La ironía implícita en la palabra “negocio” aplicada al *michê* queda perdida en el título de la edición argentina.

los académicos y su explícita metodología, *O Negócio do Michê*⁸, también se lee como el comentario narrativo a la obra poética de Néstor Perlongher. No es el trabajo de campo el que lo encabeza, sino un poema tomado de un boletín paulista de circulación restringida, cuyas cualidades literarias se alaban. No parte Perlongher de la empiria, sino de una crónica poética escrita por un *michê*, cuyo plus de significación irreductible lo obliga al comentario crítico, a la lectura o la crítica literaria de sesgo antropológico. Y si la realidad homosexual descrita por el libro pertenece a la ciudad de San Pablo, la circulación y la lectura del texto forman parte, en Argentina, de la historia reciente de la poesía argentina. Aquí, en su lectura doméstica, es la obra de un poeta la que sostiene la recepción de un trabajo llamado “de campo”. No sé si hay una crítica “gay” en este país, tampoco sé si es interesante que la haya, [pues resulta casi inevitable tomar] si tomamos como referencia los discursos críticos extranjeros, instalados en situaciones institucionales de creciente burocratización académica; pero estoy seguro de que este trabajo “extranjero” de Perlongher debería pertenecer a la hipotética historia de una crítica inexistente.

Lo que escribió Perlongher en *O Negócio do Michê* es sencillamente una poética del deseo homosexual que se formula por dos o tres caminos conceptuales: primero, la teoría de la desterritorialización nómada y anárquica de Deleuze, en contra las teorías antropológicas de la subjetivación representativa, la identidad subjetivante y la sociología del desvío; luego, la poesía y la literatura hispanoamericana, y finalmente, la poesía barroca como síntesis del exceso, la superabundancia y el nomadismo del deseo. Porque si la travesía de la prostitución homosexual genera clasificaciones que son para Perlongher una “proliferación categorial”, nada mejor que remitirla a una proliferación “barroca”⁹. Sarduy y los travestis, desde luego, pero también la síntesis poética de Oliverio Girondo, que aparece cuando hay que describir los intercambios sexuales en los mingitorios: “un olor a sexo que desmaya”¹⁰.

La literatura o la poesía en el libro de Perlongher es una anterioridad no discutida, ni siquiera controvertida del mismo modo como se enjuician las teorías sociológicas: si el deseo cabe en la formulación barroca, es porque su red formal posee un principio descriptivo que es colocado en paridad con el poder de la “historia de vida” o la entrevista antropológica. Una novela de Tulio Carella¹¹, citada abundantemente, resulta tan útil para describir el

⁸La proliferación categorial —nomenclaturas que se deslizan y se entrecocan... El fenómeno se presenta, literalmente, como *barroco* [subrayado en el texto]”. Néstor Perlongher, *La prostitución masculina*, ed. cit, p. 77.

¹⁰...Dejando la mañana impregnada —diría Oliverio Girondo— de ‘un olor a sexo que desmaya’, *La prostitución masculina*, cit. Pág. 56.

¹¹Se trata de Túlio Carella, *Orgia*, Río de Janeiro, José Alvaro Editor, 1968.

“yiro” como lo es la palabra de los clientes o de los *miches*. Un mundo de ficción habla sobre el intercambio de ficciones mejor que los protocolos de la encuesta porque allí, donde hay ficción, seguramente hay secreto. Secreto que no se deja reducir a la verdad del deseo de los agentes, ni a la verdad de la ley, ni a la economía de la pobreza, ni a la interpretación de los datos sociológicos.

Pero la prostitución masculina no sería, como alborozadamente supone Perlongher, un grupo de “nómades a partir de los módulos de heterosexualidad sedentaria” o una “sociabilidad alternativa”, sino sobre todo y esencialmente, alternativas controladas y controlables respecto de ese gran conjunto de la sexualidad homoerótica establecida. Puntos en que la necesidad y el orden “molar” (como diría deleuzinamente Perlongher) reinstalan la economía general, el precio, y el intercambio, mostrando como fallido o ilusorio el establecimiento de una sexualidad que sigue las líneas de lo familiar o que, como exacto negativo, funciona reforzando el orden de las convenciones que invierte. Paradójicamente, el intercambio sexual y el pasajero contrato de retribución económica son el régimen de lo mismo, que excede aquello cuya repetición encarna, al reinscribir la legalidad del contrato económico, del intercambio y la retribución monetaria del placer (valores admitidos, pilares máximos del funcionamiento social) en una zona de ilegitimidad, a-socialidad y de posible interrupción por robo, anulación, ruptura violenta o falseamiento del contrato. Pone el robo posible en escena. También el arrebataimiento, el despojo, la desposesión, pero no como una lógica opuesta y alterna, en un territorio distinto de la legalidad, sino como extensión de aquello mismo que la legalidad se oculta y que es parte integrante de lo que siempre la hizo funcionar como ley. El interior ilegal de la ley, la barbarización interna del nomos que se ve a sí misma como función apaciguadora y que se basa en la fuerza, en el arrebato, en el subsuelo de la desigualdad, en el despojo indiscriminado, en una forma delimitada y autoconformada del robo que demarca todas las otras maneras del robo como fuera del círculo de la ley, como “fuera de la ley”.

El contrato prostibulario del tema de la tesis parece desnudar y contaminar así el contrato mismo de la tesis, de la tesis académica conformada por el texto *O Negócio do Michê*. El texto de Perlongher reproduce un contrato que ya ha tenido lugar, una ceremonia de autorización universitaria, un examen, un intercambio entre saberes nuevos que se integrarán al orden del saber institucionalizado, y el precio pagado en acto por el futuro lugar — también pago— de una autorización o legitimación académica. El resto, lo que queda al borde del contrato entre legitimidad extendida del saber y la ilegalidad de un secreto que, sin embargo se mira y se exhibe, ocuparía el exacto lugar del exceso sin restitución que la poesía, la escritura y la literatura tienen en la tesis de Perlongher. Asimila lo inasimilable de los intercambios y paradójicamente los muestra como inasimilables.

Tal el “estado de la cuestión”, según suele decirse en este tipo de cuestio-

nes. Mis hipótesis, como se podrá intuir, tienen que ver con la compra y la venta de ficción que los *taxi-boys* tanto ofrecen como reciben en un tramo callejero de Buenos Aires (la calle Santa Fe desde Agüero a Callao, y el anclaje de sus discotecas aledañas). También con el secreto al que esa ficción se adosa inextricablemente, y no por misticismo de mi parte, o por creer en el misterio del deseo, sino por razones estrictamente sociológicas. Las que descubrió Georg Simmel¹² en el funcionamiento de las sociedades secretas, y que se extienden a la totalidad de las sociedades democráticas, proclamadoras del ideal de libre acceso político a la información transparente, a la libre circulación de las informaciones, y al mismo tiempo, practicantes secretas del secreto, la restricción, o los circuitos restringidos. La sociedad democrática como una inmensa sociedad secreta que necesita del secreto para sobrevivir¹³.

Y lo que llamamos “la zona” es una contracara nocturna y prostibularia de una misma faz diurna adecuada en los tranquilizadores paseos de compra, un mismo territorio, que para decirlo con el lenguaje de los *taxi-boys*, a la noche “se da vuelta”¹⁴. La “zona” nocturna prosigue su periplo comercial, porque los “gatos”¹⁵ (esto es: en el lenguaje dado vuelta del *taxi-boy*: los clientes), aquellos que pagan, no lo harían solamente por una minusvalía (la edad, la contextura física o hasta la timidez), sino por el placer agregado de la compra, del poder de la compra —o como se dice con léxico de *marketing*— “del poder de compra”. La “zona” no puede esconder secretos a la mirada nocturna, debe hacerse totalmente visible, como un escaparate, y así el discurso de los *taxi-boys* y de los *gatos* clasifica incesantemente grupos, tipos, acciones, gustos sexuales, no tanto para adscribirse a una moralina de cariz médico-psiquiátrico, sino para realizar una discriminación previa de lo ven-

¹²Georg Simmel, “Das Geheimnis und die geheime Gesellschaft”, en *Soziologie, Untersuchungen über die Formen der Vergesellschaftung*, Duncker et Humblot, 1908. Cf. Kurt H. Wolff, *The Sociology of Georg Simmel*, Glencoe, Illinois, The Free Press, 1964. Para la idea de la sociedad moderna como inmensa sociedad secreta, Cf. Pierre Nora, “Simmel: le mot de passe”, en *Nouvelle Revue de Psychanalyse*, núm. 14, automne 1978, pp. 307-312.

¹³También el secreto, desde otra perspectiva, ha sido abordado por Jacques Derrida. Cf. (entre otros lugares), *Passions*, París, Galilée, 1993 (edic. Original en David Wood, Derrida: A Critical Reader, Oxford, UK, Cambridge, USA, Basil Blackwell, 1993).

¹⁴En el lenguaje de los *taxis* (y también en el de los clientes), “darse vuelta” remite a la aceptación de convertirse en *partenaire* pasivo del coito por parte del *taxi-boy*. En la lengua familiar porteña (pero sobre todo juvenil) “dar vuelta”, es alterar, modificar substancialmente, y hacer cambiar las ideas: “me dio vuelta, y comencé a pensar de otro modo”, o “me dio vuelta la cabeza”.

¹⁵La palabra “gato” designa en el lenguaje familiar y corriente a la prostituta. Como medio de preservación, los *taxi-boys* se defenderían desviando hacia sus clientes un calificativo que les está destinado. Devuelven y anticipan un desprecio.

dible y de lo invendible. Un catálogo.

La catalogación presupone, en el polo de la compra, la figura del coleccionista¹⁶. El cliente de los *taxi-boys* acumula la evanescente mercancía del deseo en el fantasmagórico mostrador de la colección. Al máximo secreto le corresponde la visibilidad máxima. La necesita. La policía, ubicada adentro y afuera del escaparate, resguarda a la vez la visibilidad y el secreto: apresa a los *taxi-boys* ostensibles y deja en paz la privacidad del cliente, preserva su derecho al secreto. Y si la televisión irrumpe en la “zona” acentuando su visibilidad pública, denunciando a través de un *taxi-boy* la conducta de sus clientes, no molestará que el negocio sea sacado a luz, sino la infracción a un código de acero: como nos dice un muchacho amigo de un sonado acusador que denunció a un sacerdote, “este pibe es un gil; le podía haber sacado más gaita al chabón sin necesidad de tanto ruido, así el que perdió fue él”¹⁷. En la “zona” hay algo en la palabra “regalo” que la vuelve intolerable: “regalarse” —cobrar por debajo de las expectativas— produce daños colectivos, imaginariamente resulta más dañino para el mercado que el develamiento del necesario secreto. Porque los clientes, como todos los compradores de este mundo, siempre esconden la fantasía de la gratuidad.

Tal el marco inicial de una recopilación de relatos de y sobre este circuito nocturno, de su excedente no comerciable en forma de relatos y de ficciones.

¹⁶Carlos Luis, uno de nuestros entrevistados, es un reciente y joven doctor en Filosofía. Empedernido y encorbatado frecuentador de discotecas (de la veterana *Contramano*) lleva por escrito una pormenorizada descripción de sus encuentros sexuales: tamaño del órgano sexual, modo de acercamiento, retórica del “levante”, formas de hablar, etc. Si bien es cierto que Carlos Luis no paga sus encuentros, y en las entrevistas se muestra despectivo hacia los *taxi-boys* y sus clientes (de quienes conoce todas las historias que circulan en *Contramano*), tiene la pasión de coleccionar por medio de la escritura la variedad de las relaciones que acecha como un cazador. El cazador en la jungla es otra de las imágenes que ronda el imaginario de la “zona”. En el caso de los *taxi-boys* y sus clientes, ambos se creen alternativamente cazadores y presas.

¹⁷Marcial es un joven de diecisiete años, moreno, con una cicatriz que le baja de la mejilla al mentón. Sin embargo su aspecto no es intimidatorio. Viste un saco de cuero, índice de cierto esplendor o éxito. Es inteligente y vivaz en las respuestas. Da o quiere dar la impresión “de que las sabe todas”. Como la mayoría de los *taxi-boys* reflexivos, mantiene siempre ante las entrevistas la actitud de alguien que está en posesión de alguna terrible verdad sobre la experiencia y la vida. A la consigna, responde primero con una historia de un conocido médico que aparece en televisión y que ha mantenido relaciones con él. Quiere impresionarnos con el nombre que supone rutilante. Al no notar el efecto de sorpresa deseado, insiste con una segunda historia, relacionada con un caso de gran repercusión en los periódicos. En ese momento, obtuvimos la frase transcripta. No ve al denunciante como una víctima y generaliza así su visión de los *taxi-boys*, sus colegas: “aquí, por más que todos digan otra cosa, hacen esto porque en el fondo les gusta”.

Habr  seguramente tipologías narrativas y hasta leyendas circulantes, habrá narraciones y cuentos carcelarios (“la zona” linda sin transición con las cárceles para menores); habrá también escritura y poemas, porque lo carcelario reutiliza la carta y la escritura, reivindicando, como lo hace “la zona”, formas arcaicas de relación y de comunicaci n¹⁸. Debo decir que esta suerte de antología oral o de investigación no formal (cuya consigna hacia los entrevistados dice simplemente “Cont me una historia de ‘la zona’”), se realiza con una egresada de Filosofía y un *taxi-boy*, que mantiene dos causas pendientes con la Justicia. En este grupo (que no me atrevo a llamar “de investigación”), el joven es un guardián empecinado de una verdad sobre el callejeo —el *yiro*— que dice defender ante los extravíos teóricos de dos intelectuales, y el más entusiasta propulsor de lo que llama “el libro”¹⁹. Me pregunto, para concluir, qué mueve a alguien sin vínculos con el conocimiento letrado, a confiar con tanta intensidad en la letra escrita, a creer en la ficción de la letra como defensa de una verdad ilegible para los intelectuales. O qué ficción sin precio tal vez nos venda o nos regale; o lo que es lo mismo, qué precio hay que pagar por empecinarse en la literatura.

¹⁸En efecto, uno de nuestros entrevistados refiere que en las cárceles existe una forma de comunicación semi-secreta a la que “se le tiene respeto”. Se trata de “*la esquelita*”, cuyo contenido vital y a menudo decisivo, requiere de un emisor seguro, un circuito de transmisión no menos sospechoso, y sobre todo, que se lo escriba. Lo interesante del caso es la confianza en la forma escrita. Sobre estas formas de comunicación carcelaria, Cf. Emilio de  pola, “La bemb ” (se refiere a formas orales), en *Ideología y discurso populista*, México, Folios Ediciones, 1982. En la “zona”, encontramos a Adrián, no del todo un *taxi-boy*, o más bien un *taxi-boy* “ocasional”, siempre vestido con un pañuelo en la cabeza (lo apodan “Gitano”), al que contratan para bailar e incitar al baile en una discoteca “gay”. Adrián nos muestra una nutrida correspondencia que atesora en una carpeta. “Son cartas para mi novia” (nos dice). Enterado de nuestra profesión, quiere que las leamos, pero con una consigna: saber a qué estilo literario se asemejan. Sospecha —y esto es lo que deberá ser corroborado por nosotros— que se parecen a García Márquez.

¹⁹Se trata de  ngel. El nombre ficticio de “Angel”, en este caso, mantiene una relación semántica con su verdadero nombre. Además, “Angel” suele bromear sobre lo angelical y lo diabólico de sus dos oficios. Tiene veinte años, es moreno, delgado, con cara redonda, achinada. No es demasiado atractivo. En cambio, conversando se muestra vivaz y sentencioso. Es inteligente, en la medida en que la inteligencia consiste en reflexionar sobre los datos de la existencia y extraer generalizaciones útiles. Es capaz de hablar de aquello que vende (no la belleza, sino “la fuerza del erotismo”, según sus palabras). Hay una especie de repetic n casi fatal en su vida, sobre la que no atina (o no quiere) reflexionar: su madre es prostituta. Vive con ella en esa especie de convivencia casi t pica de un adolescente crecido que debe soportar una madre problemática. El entusiasmo por escribir es muy grande, a pesar de lo rudimentario de su sintaxis y de una ortografía anonadadora (llegó a cursar el segundo año del colegio comercial). Impulsado por el proyecto del “libro” ha redactado planes, bosquejos, descripciones de las discotecas, clasificaciones de los tipos de “gatos”, y hasta

una historia de su vida. Periódicamente nos hacía llegar este material. La escritura parece adquirir valores insospechados para aquellos que han estado presos. Dos ejes atraviesan todo lo que dice y hace Ángel: el robo (ha pasado mucho tiempo de su vida en varios institutos de menores) y la vacilación entre ser o no ser homosexual. Se diría que alternativamente usa un aspecto de su vida para neutralizar el otro. Bromea siempre con una frase-pregunta que no se sabe a quién va dirigida: “¿Soy decente?” y sus variantes no menos irónicas “¿Sos decente?”. En una entrevista con la madre, la señora, también en broma, nos pregunta por el efecto de su atuendo (muy llamativo): “¿Parezco una señora decente?... Si me decís que sí, me voy a cambiar de ropa...”. Demás está agregar que la gran preocupación de un *taxi-boy* es la ropa, el modo de vestir y sus implícitos códigos. Necesidad económica, desde luego, pero también profesionalización y competencia cultural acerca de los códigos.